



Lucía González Lavado

DUELO DE ESPADAS

DESTINO

CRIS
ORTEGA

I

Leah

Indagaciones más allá del castillo

Fue su propio grito lo que despertó a Leah. Debido a la crudeza del sueño se había incorporado en la cama y agitaba las manos, intentando defenderse de un enemigo que por supuesto no estaba ahí. ¡Sólo había sido un sueño!

El mismo que se repetía desde hacía tres semanas..., aunque negar la verdad no servía de nada. Era una premonición de lo que tarde o temprano sucedería. Ya lo había vivido en más ocasiones. Con los años había aprendido a diferenciar una simple pesadilla de un terrible futuro.

—¡Princesa Leah...! Perdonad mi interrupción —susurró una chica de cabellos rubios que asomaba tras un tapiz en la pared del fondo de sus aposentos—. Pero os he oído gritar y me preguntaba si os encontrabais bien.

—No te preocupes, Delia, regresa a tu dormitorio.

La doncella obedeció.

Una vez a solas, Leah saltó de la cama y fue directa al balcón. Desde allí contempló la muralla que protegía al castillo, lugar por el que los hombres de la guardia real hacían su ronda. Tras ésta se apreciaba parte del pueblo de Sadira. El castillo estaba aposentado en la cumbre de una montaña y en las faldas de la misma se hospede-

daban sus aldeanos. Las calles eran todas descendentes, y rodeaban la montaña hasta llegar a las puertas de palacio.

Desde la torre de homenaje, Leah contemplaba las casas, todas ellas muy humildes. Por las mismas calles rondaban sueltos algunos animales, como gallos, los cuales ya cantaban debido a la cercanía del amanecer. Las nevadas hacía tiempo que habían terminado y los primeros brotes de primavera ya eran apreciables, en especial en todos los huertos con los que contaban los ciudadanos del reino en sus respectivas viviendas.

En su sueño el invierno comenzaba a azotar Sadira y ella no presentaba grandes cambios. Seguía tan menuda como siempre; su porte no mostraba modificaciones e incluso sus cabellos castaños, ligeramente ondulados, seguían exactamente igual. Así pues, según sus suposiciones, tenía nueve meses para evitar que las pesadillas se hicieran realidad.

—¡No me gusta nada cuando frunces el ceño! —le susurró una voz a su espalda.

Cuando Leah se volvió, vio a Gael observándola con gesto preocupado. Siempre le parecía apuesto, incluso cuando mostraba inquietud; en tales ocasiones fruncía el entrecejo y cerraba ligeramente los ojos, provocando que el verdor de los mismos casi ni se apreciase. Era dos años mayor que ella, aunque eso no había sido inconveniente para entablar una buena amistad.

—A mí tampoco me gusta cuando tú lo haces —confesó Leah a la vez que le dedicaba una sonrisa. Tomó la mano del joven y dejó que la guiara hacia el calor del dormitorio. No sabía cómo, pero Gael siempre se las ingeniaba para aparecer en su habitación sin ser visto ni oído. Su confianza era tal que para la ocasión ni siquiera se había molestado en acicalarse o presentarse ante ella en las condiciones adecuadas. Vestía únicamente pantalones verde oliva y una camisa blanca que no se había preocupado de introducir en los pantalones.

Era más que probable que su grito le hubiera despertado y hubiera tomado las primeras prendas que tenía a mano.

—¿Has tenido otra premonición? —preguntó con interés y evidentes muestras de preocupación. Al ver que Leah se demoraba en responder, protestó y acabó tomando asiento en la cama—. Sabes que puedes confiar en mí —susurró con dulzura—. Me preocupas; sé cuánto sufres con esos terribles sueños. Ojalá yo pudiera aliviar tu dolor.

Ella sonrió, rindiéndose a sus encantos y dejándose querer. Le gustó cuando Gael la rodeó por la cintura, atrayéndola mucho más hacia él, momento en el que deslizó los dedos bajo su mentón obligándola a que le mirase. Muy tímidamente se agachó y probó sus labios. Siempre era él quien tomaba la iniciativa, pero irrumpir en sus aposentos de madrugada únicamente para saber cómo estaba se había ganado un gesto de cariño por su parte. No sólo le devolvió el beso, sino que también deslizó los brazos alrededor de sus hombros y sus dedos se enredaron en sus lánguidos cabellos rubios, lleno de ondas y bastante revueltos.

—Ahora, ¿por qué no me cuentas lo que has visto? —inquirió Gael poniéndose en pie. Sus manos seguían rodeando la cintura de la princesa y la miraba intrigado—. Te sentirás mejor si me lo confiezas todo. ¡Dime qué has soñado!

Sus últimas palabras sonaron más como una exigencia que como unas palabras recitadas por alguien que se preocupaba por ella. Enfadada, Leah se zafó de su abrazo, dio unos pasos atrás y se cruzó de brazos.

—Prefiero no hablar de ello. Ha sido terrible.

—Por favor, ¡Leah, dime de una vez qué has soñado!

—¿Por qué tienes tanto interés?! —gritó enfadada—. Te estoy muy agradecida de que hayas venido hasta aquí, preocupándote por mí.

—Pero también me inquieta lo que sueñas. Ambos sabemos que tus visiones no presagian nada bueno. Necesito saber lo que ha pa-

sado —exigió y en seguida se arrepintió de sus palabras al ver el mohín de la muchacha—. Maldita sea, Leah, he abandonado mis aposentos cuando te he oído gritar y me he colado en los tuyos. Si me hubieran visto...

—¿¡Qué!?! —inquirió ella con los brazos en jarras—. Saldría a la luz nuestra relación y no veo inconveniente alguno en ello. Quizá entonces encontrarías el valor suficiente para decirle a mi padre que ambos queremos contraer matrimonio.

Gael esbozó una sonrisa torcida, se puso en pie y tomó entre sus manos el pequeño rostro de Leah. Siempre le habían gustado sus ojos, azules oscuros, que en ocasiones como ésta, cuando estaba furiosa, brillaban como el océano tras ser bendecidos por los rayos del sol. Quiso probar sus labios, pero la joven no estaba nada receptiva, por lo que se limitó a enredar los dedos en sus largos cabellos castaños.

—Hablaré con él. Tienes diecisiete años, es posible que tu padre ya esté pensando en prometerte a algún conde o al príncipe de alguno de los reinos contiguos. ¿Te quedas más tranquila? —susurró cariñosamente—. Leah, no voy a permitir que nos separen aunque para ello tenga que enfrentarme a tu padre o al mismísimo ejército de *Los Invisibles*.

—¿Qué has dicho? —preguntó desconcertada.

—Que nadie me alejará de ti —susurró rodeándola por la cintura y atrayéndola hacia él.

—No..., sobre *Los Invisibles*...

—¿Has vuelto a soñar con ellos? ¿Quizá en tus premoniciones has visto cuándo despertarán?

Leah se libró del abrazo del joven y de nuevo se cruzó de brazos. Gael sabía que odiaba hablar de esos terribles monstruos, pero a él no parecieron importarle nada sus sentimientos.

—No, no he soñado con ellos..., sabes que detesto que los nombres en mi presencia. Esos monstruos asesinaron a mucha gente...

Gael puso los ojos en blanco y se encaminó hacia el tapiz por el

que no hacía mucho la joven Delia se había interesado por el estado de la princesa.

—Nunca has sabido mentir. Sé que has soñado con algo y estoy aquí porque me preocupo por ti, pero es evidente que no quieres hablar ni contar con el apoyo de nadie. Así pues, te dejaré sola, princesa —refunfuñó haciendo una reverencia—. Sólo recuerda lo que el silencio le hizo a tu madre. ¡Acabó perdiendo la cabeza! Si no quieres acabar como ella no guardes para ti lo que atormenta tus sueños.

Ella no dijo nada. No estaba de humor, y una vez se aseguró de encontrarse a solas, se dirigió a la losa del suelo que estaba suelta. De ella tomó un pantalón ocre y una camisa blanca, además de una capa negra, y regresó al balcón. Como esperaba, cada cierto tiempo los guardias de su padre no sólo caminaban por la muralla, sino que también vigilaban los terrenos del castillo. Esperó unos segundos y cuando se alejaron lo suficiente de su dormitorio, se agarró a las enredaderas que crecían hasta la terraza y bajó todo lo aprisa que pudo. Una vez en el suelo y en cuclillas, apretó una gran piedra. Ésta dejó un hueco lo suficientemente estrecho para que ella se colara y acabó en una habitación cuyas paredes estaban casi ocultas por las innumerables armas que colgaban de ellas: arcos, espadas, alabardas y lanzas.

No sólo armas decoraban la estancia, sino también armaduras; algunas con todas las piezas montadas, esperando ser vestidas por un valeroso caballero y otras desparramadas por el suelo.

—Bienvenida, mi querida sobrina —la saludó Jeriah, su tío materno y herrero del castillo—. Me sorprende encontrarte aquí a estas horas, ni siquiera ha salido el sol.

—Si no recuerdo mal, teníamos una cita —respondió sonriéndole y al instante evitó su mirada. Su tío la conocía mejor que nadie y con un vistazo podía descubrir hasta sus más oscuros secretos—. Estoy impaciente por descubrir qué me tienes preparado y he sido incapaz de conciliar el sueño.

Jeriah le dedicó una sonrisa y le lanzó una manzana que, como predijo, su sobrina tomó al vuelo. El hombre le dio la espalda y siguió con sus tareas. Leah mordisqueó la pieza de fruta y se acercó para ver en qué arma trabajaba Jeriah. Como intuía, estaba forjando una espada, aunque ésta no era como las que había creado con anterioridad. Era mucho más fina, parecía muy ligera y el dibujo de un tigre grabado en la hoja captó su atención. Era la primera vez que veía algo así en una espada. Un detalle que le gustó. Sin duda su dueño sería muy afortunado al poseer una arma tan bella.

Una vez el hombre introdujo el arma en el agua, se volvió hacia su sobrina. Jeriah tenía veinticinco años, aunque parecía mayor, ya que el trabajo de herrero le había endurecido bastante. Su piel también mostraba los estragos de sus infinitos viajes y muchas de las cicatrices que lucía eran el vivo recuerdo de una época que había dejado atrás hacía mucho.

—¿Tan dura ha sido en esta ocasión? ¿Qué has visto para que estés tan asustada? —inquirió con el ceño fruncido. Muchos eran los que se veían abrumados por su mirada, negra como la noche y oscura como el pelaje de las terribles *Pesadillas*. Un halo de oscuridad siempre rodeaba a Jeriah, pero aun así Leah confiaba en él.

La joven tardó en responder. Jeriah, al igual que Gael, también era conocedor de su don, el cual había heredado de su fallecida madre. Pero al contrario que ella, Leah lo consideraba como su más preciado tesoro. Sólo dos personas sabían que soñaba con el futuro y confiaba en ellas para que guardasen su secreto.

Si alguien se enterara de que era una visionaria, muchas cosas cambiarían en su vida. No sería libre. Estaría encerrada, vigilada constantemente esperando que sus visiones mostrasen algo importante. Su madre vivió ese tipo de existencia; su progenitor la mantuvo encerrada debido a las visiones y a su obsesión por anticiparse al futuro. Las consecuencias se pagaron muy caras y ella no quería compartir el mismo destino que su madre.

—He logrado observar la ciudad desde mi terraza. El ataque se producirá con las primeras nevadas..., es decir, dentro de nueve meses.

Jeriah asintió.

—No todo con lo que sueñas tiene que volverse realidad, lo sabes, ¿verdad? —preguntó posando las manos en sus hombros con tal de darle ánimos—. Muchas de las premoniciones de tu madre no llegaron a cumplirse. Aun así, no está de más estar preparados.

—Hay algo más... —susurró con la cabeza gacha. Pensó en el desconocido que le ayudaba, aunque a él no le dio ninguna importancia, al fin y al cabo anhelaba protegerla. En cambio no podía dejar de pensar en la persona que dominaba a un ejército tan poderoso como el que recibía por nombre *Los Invisibles*. Eso sólo podía significar una cosa: el regreso de la magia. No obstante no le hizo saber ese detalle a su tío—. En esta ocasión moría..., uno de los caballos se me echó encima.

Jeriah no dijo nada. Se acercó a su sobrina y la atrajo hacia él con tal de reconfortarla. Tras unos segundos se separaron.

—Hoy vamos a hacer una visita al pueblo.

—No veo qué tiene eso de especial —replicó dándole un mordisco a la manzana—. Sabes que suelo ir a menudo. Estoy recluida en Sadira, pero no en el castillo.

—Ya lo verás. Cúbrete. Quiero que pasemos desapercibidos y no lo haremos si los aldeanos ven a su princesa embutida en ropas de hombre.

Leah estaba ansiosa por conocer los planes de su tío. Y pacientemente esperó a que él tomase una manzana como desayuno y poco más tarde se acicalase frente a un espejo y peinase sus cabellos azabache y despuntados debido a los cortes que él mismo se hacía con la cuchilla, ya que incluso se atrevía a hacer de peluquero con su cabello. Más tarde, con las primeras luces del alba, abandonaron los extensos terrenos del castillo. Muchos quedaban impresionados por la estructura de la fortaleza, ya que estaba aposentada en lo alto de

una montaña; enormes murallas de piedra rodeaban el lugar, protegido día y noche por guerreros que iban cargados con arcos. La edificación del castillo, a ojos de muchos, era más que sencilla. De forma cuadrada, la componían además cuatro torreones, cada uno de ellos dedicado a una función distinta, destacando en el centro de la muralla sur aquella que recibía por nombre «Torre del homenaje». Era la más alta de todas, con más aposentos que ninguna y todos ellos con terrazas con vistas a distintos puntos del reino. Eran las estancias de la realeza; allí descansaban la princesa, Gael, la reina y por supuesto el rey. Éste ocupaba las zonas más altas de la torre y también las más amplias.

A diferencia del resto de viviendas, el castillo, por orden del rey, debía dejar constancia de lo diferente que era a cuanto lo rodeaba. Algo que a ojos de todos era más que evidente. Aun así, la presunción del rey era tal que había ordenado un cambio en muchas de las ventanas de sus posesiones. Él no deseaba que estuvieran cubiertas por el simple cristal que utilizaban los aldeanos para protegerse del frío, sino que ordenó a los mejores cristalersos preciosas vidrieras de infinitos colores, para que su gente notara lo diferentes que eran del resto.

Era un gesto insignificante, pero de gran importancia para el monarca, ya que una de sus muchas obsesiones era marcar la diferencia entre la nobleza y los plebeyos.

Herrero y princesa caminaban por las estrechas calles de Sadira. Los habitantes del pueblo ya comenzaban a despertar y a desempeñar sus tareas. El lugar estaba impregnado con el olor a pan recién hecho, al que se le unían otras fragancias, como la de las especias de la tienda de la señora Garret. La favorita de Leah era la canela; adoraba ese olor dulzón, el cual en ocasiones quedaba camuflado por otros más fuertes que las cocineras del castillo solían derramar sobre los alimentos, pues su padre adoraba las comidas picantes. El más frecuente era la pimienta, especia que desagradaba especialmente a Leah, todo lo contrario a la nuez moscada, fragran-

cia de la que había disfrutado unos segundos al pasar delante de la tienda.

Muchos eran los animales que rondaban las calles: ocas, patos y alguna que otra gallina. Varios niños intentaban atrapar a estas últimas, sin ningún éxito. Aun así, por sus risas, era evidente que se divertían con la tarea que sus padres les habían asignado.

A pesar de que el mercado siempre resultaba tentador, Jeriah sólo hizo las paradas oportunas. Compró algunas piezas de fruta, pan, queso, y prosiguieron su camino.

En ocasiones Leah descubría a su tío mirando atrás. En un principio no vio nada en particular hasta alcanzar el final del pueblo, donde disminuía aún más la gente que paseaba a esas horas por las calles. Al parecer un encapuchado los seguía. No obstante, Jeriah no mostró desconcierto alguno.

Una vez llegaron al final de Sadira —donde la salida era vigilada por cuatro guardias—, Jeriah hizo una parada. Miró a su alrededor y encontró a un par de niños ayudando a sus padres en las tareas cotidianas. Leah observó que hablaba con ellos e incluso les entregaba algo; entre risas, los niños desaparecieron de la vista de la princesa.

—Mi querida sobrina, hoy vas a aprender una lección que te será de gran ayuda a partir de ahora y consiste en aprovechar los momentos de distracción.

Nada más pronunciar esto, exclamaciones de sorpresa resonaron a sus espaldas. Cuando sobrina y tío se volvieron, vieron un carro lleno de paja, que inexplicablemente había comenzado a arder.

Por supuesto, los guardias acudieron a apagar el fuego y en ese instante Jeriah, junto a Leah, dejaron atrás Sadira para encaminarse hacia el Bosque de los Cobardes.

A la princesa le parecía imposible estar fuera de la población. Era la primera vez que pisaba los terrenos cercanos al bosque, ya que su padre se lo tenía prohibido. Durante años le había insistido en los peligros de los reinos de Isleen, los cuales escondían lugares encantados, impregnados de la magia que un día había poblado aquellas tie-

rras. Y aunque en ocasiones intentó traspasar las murallas de Sadira e investigar el bosque, le fue imposible, ya que la guardia real siempre la descubría y la arrastraba de nuevo a palacio.

En cambio ahora olía la tierra mojada, su cuerpo era balanceado por la débil brisa de la primavera y ante ella se expandía un bosque que la incitaba a adentrarse en él e investigarlo.

—Es hora de que te enfrentes al mundo exterior. Así pues, a partir de ahora llevaremos a cabo los entrenamientos en el bosque y mucho más adelante nos adentraremos en el desierto. Tienes que fortalecerte, Leah, y no lo lograré manteniéndote encerrada entre cuatro paredes.

—¿Vamos a investigar el bosque? Quiero decir, ¿vamos a poder descubrir por nosotros mismos si es cierto que durante la noche los fantasmas rondan los alrededores o que las pixies engatusan a los caballos y los obligan a correr en círculos? —preguntó ilusionada.

—Sí, así es. Comprobarás por ti misma si todo eso es cierto y mucho más. Pero lo harás sola —le hizo saber, y la sorpresa no tardó en dominar el rostro de su sobrina—. Ahora te voy a explicar lo que debes hacer. Te adentrarás en el bosque y caminarás en dirección al norte. Llegará un momento, en el que si no pierdes el rumbo, encontrarás una laguna donde he dejado uno de mis muchos arcos. Cuando lo encuentres deberás regresar conmigo. ¿Lo has comprendido? —preguntó, aunque no esperó ninguna réplica por parte de ella y le tendió dos cuchillos—. Cuidado con el bosque, a veces puede resultar engañoso. ¡Ah! Y no olvides a los jabalís. Estamos en primavera y se vuelven un tanto salvajes en esta estación.

—Tranquilo, tío, me tendrás aquí en un suspiro.

Leah le dejó la capa a Jeriah y sin mirar atrás se adentró en la espesura. El hombre esperó unos segundos para, al cabo de un momento, volverse y encontrarse cara a cara con un encapuchado.

—Creí que te había enseñado mucho mejor y que sabrías cómo pasar desapercibido.

—Y lo hiciste, maestro, pero sólo quería que supieras que he regresado —respondió un muchacho a la vez que dejaba al descubierto sus rasgos.

Era un joven tan alto y fuerte como él. Sus brazos eran una prueba de los duros entrenamientos a los que había estado sometido en los últimos años. Cargaba una espada que iba atada a un cinto en su cintura, mas no era la única arma que llevaba, ya que un arco colgaba de su espalda.

Vestía pantalones oscuros y una sencilla camisa beige, algo desgastada, muestra de su escaso poder económico.

Mientras que Jeriah podría resultar oscuro e incluso algo tétrico a todo aquel que lo viera, el muchacho representaba todo lo contrario. Sus cabellos eran tan rojos como las llamas de una hoguera; los llevaba mal peinados, llenos de ondas hasta la nuca. Parecía como si esa mañana ni siquiera se hubiera molestado en desenredarlos.

Sus ojos eran de un color peculiar: gris, con una mirada que en su día tuvo que arrancar más de un suspiro a alguna dama, pero no en ese momento, pues la pena la enturbiaba.

—¿Qué tal te encuentras, muchacho? —se interesó Jeriah a la vez que lo abrazaba—. Veo que mucho mejor que la última vez que nos vimos —le hizo saber mientras le echaba un vistazo. Cuando lo encontró hacía dos años no era más que un crío lloroso y perdido. Ahora era un joven de diecisiete años, endurecido por el tiempo y las vivencias—. ¿Qué te ha traído de nuevo a Sadira, Ryder?

—Me temo que no buenas noticias. Todo está cambiando..., algo oscuro se avecina.

—¿Lo dices en serio? —inquirió con el ceño fruncido—. No he notado nada extraño y no puedo evitar preguntarme si no has regresado por motivos personales.

Ryder se limitó a sonreír y luego dio un paso más, acercándose al bosque.

—Eres la única persona por la que me preocupo y lo sabes. Por ello he considerado oportuno avisarte —confesó e hizo una breve

pausa—. Y quizá no hayas reparado en ello porque es evidente que has estado muy entretenido con tu nueva alumna. Dime, Jeriah, ¿en qué estabas pensando a la hora de convertir a la princesa en una guerrera? Si el rey descubre lo que le has hecho a su hija te enviará a limpiar las letrinas del reino.

Jeriah rió.

—Sólo preparo a mi sobrina para su destino...

La conversación de los hombres se interrumpió debido a un fuerte aleteo. Del bosque surgió una bandada de pájaros, que asustados emprendieron el vuelo con tanta velocidad que lograron alertarlos. Mas no fue el único fenómeno extraño que aconteció. De repente, las temperaturas habían descendido un par de grados y la luz del bosque se había vuelto tan efímera que semejaba el interior de una gran cueva.

Tanto Ryder como Jeriah habían vivido demasiadas experiencias en sus largos viajes como para saber que tal circunstancia no era nada normal.

Sin dudarlo corrieron en pos de la princesa.

Leah estaba completamente ensimismada por la magia que la rodeaba. Sabía que tenía que demostrarle a Jeriah que había aprendido mucho con él, que podía ser muy rápida, pero era la primera vez que pisaba el bosque y no podía menos que disfrutar del entorno.

En ocasiones oía suaves risitas y veía cómo algunas hojas del suelo eran agitadas. Sabía que las pixies estaban haciendo de las suyas, aquellos pequeños duendes que en rara ocasión se dejaban ver y con los que tenía que tener cuidado. Su amor por los caballos y las damas eran legendarios.

Finalmente se centró en la misión encomendada. Avanzó todo lo aprisa que las malezas le permitieron, descubriendo que en el corazón de aquel lugar la calma era absoluta. Sin embargo, algo provocó que los pájaros se agitasen violentamente.

Surgieron de todas partes y acabaron abandonando el bosque. Leah tomó los cuchillos que le había entregado Jeriah a la vez que observaba cuanto le rodeaba. De repente la temperatura había descendido considerablemente, además percibía que estaba siendo observada.

Y tenía razón. A poca distancia, un ser enjuto, cubierto de harapos negros, no dejaba de prestarle atención. Antes de que Leah pudiera reaccionar, la aberración voló hacia ella derribándola en un suspiro. Su cuerpo era tan frío que la tenía paralizada; aun así reaccionó y logró apuñalarlo.

La bestia gritó. Se dejó caer hacia la derecha e intentó quitarse el cuchillo. Ese momento fue aprovechado por Leah para poner tierra de por medio. No obstante, su enemigo fue mucho más rápido, derribándola de nuevo. La princesa forcejeó pero fue incapaz de liberarse del engendro; éste posó las manos sobre las sienes de Leah y la chica sintió como si esa cosa hurgara en su mente, provocando que unos recuerdos enterrados en lo más profundo de su mente regresaran a ella, incluso las premoniciones de las últimas semanas.

En ese instante llegaron Ryder y Jeriah. El hombre alzó la mano hacia su sobrina y agitó los dedos; de éstos surgieron unos hilos dorados que en el mismo aire, mientras volaban hacia el ser, se unieron simulando una red de pesca que atrapó al monstruo, dejando libre a Leah.

Ryder corrió hacia la princesa y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Te encuentras bien?

—Me duele terriblemente la cabeza..., pero estoy bien —respondió.

Cuando alzó la vista se encontró con el muchacho de sus premoniciones. Abrumada, no pronunció palabra alguna. Ciertas preguntas no dejaban de atormentarla. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Por qué? Y si el muchacho de sus sueños había entrado ya en su vida, eso significaba que tarde o temprano también lo harían los engendros con los que soñaba.

El corazón le palpitaba con fuerza. Muchos sentimientos se enfrentaban en su interior; miedo, desazón y terror porque el desconocido de sus pesadillas ya hubiera aparecido en su vida.

Aún no podía creer que lo estuviera viendo y mucho menos que estuviese frente a ella.

Mientras Ryder se encargaba de Leah, Jeriah se arrodilló junto a la abominación.

—¿Quién te ha enviado y cuáles son tus intenciones?

Por mucho que insistió no obtuvo respuesta alguna. El ser comenzó a desintegrarse como la misma nieve con la llegada de la primavera, y en unos segundos no quedó ni un solo rastro de él.

—¿Qué ha sido eso? —se interesó Leah—. ¿Un espectro?

—No lo sé, Leah, no lo sé —respondió Jeriah y se dirigió a Ryder—. Muéstrame lo que has visto durante tu viaje.

El muchacho asintió y volvieron atrás. Evitaron adentrarse en el pueblo y caminaron hacia el norte. Los terrenos eran áridos y la tierra ligeramente anaranjada. No mostraba ninguna vegetación, salvo la cercana a la costa, donde destacaban unos preciosos sauces.

Jeriah iba por detrás de la pareja, sin pronunciar palabra, centrado en lo que había visto un instante e intentando descifrar la naturaleza del monstruo que había atacado a su sobrina.

—¿Dé que os conocéis? —dijo Leah con tal de iniciar una conversación.

—Tu tío fue mi maestro durante unos años, además me ayudó en un momento crucial de mi vida.

—¿Eres de Sadira?

—Eres curiosa, ¿eh?

—No te he visto en mi vida, llegas hoy y soy atacada por algo insólito. Me enseñaron a ser desconfiada. Además, hemos compartido maestro; mis preguntas no han de resultarte extrañas.

Ryder sonrió y su silencio se prolongó unos segundos.

—Nací y crecí en Sheridad, pero me quedé huérfano cuando tenía trece años. Y sinceramente, entiendo tu desconfianza y temo no tener respuestas a tus dudas. Sólo te diré que ignoro la procedencia de la cosa con la que te has topado en el bosque.

—Pues para ignorar de dónde proviene, bien que has acabado con él —refunfuñó con el ceño fruncido—. ¡Lo has atrapado en una red mágica!

En esta ocasión Ryder no aguantó las carcajadas.

—No realizo magia, princesa. Esa red no la he construido yo.

—¡Sólo estábamos tres personas en el bosque! —le recordó con el ceño fruncido—. Y desde luego yo no he sido, y si tú tampoco..., sólo puede ser... —irremediablemente la mirada de la princesa fue a su tío.

—¡Felicidades! —la interrumpió Ryder—. Celebro que sepas sumar y descartar opciones.

—¡Cállate! —bramó Leah—. Mi tío no hace magia, de ser así yo lo sabría —confesó, y entonces fue consciente de que Jeriah evitaba mirarla. Sólo hacía eso cuando le ocultaba algo o temía desilusionarla. Sabía que en esta ocasión lo hacía por temor a ser una decepción.

—¿De verdad no te habías dado cuenta de lo que tu tío es en realidad? —preguntó Ryder aunque no esperó respuesta—. Cuando hoy he descubierto que la princesa de Sadira era una guerrera me ha sorprendido gratamente, pero si no te has percatado hasta ahora de que tu maestro es en realidad un mago, no puedo menos que pensar que sólo eres una niña que quiere jugar con espadas.

A Leah le sorprendió el carácter de Ryder. Llevaba tres semanas soñando con él, sus encuentros habían sido breves, aunque intensos. Aún intentaba no pensar en lo que sentía en sus visiones cuando estaba junto a él. Entonces le había parecido un muchacho agradable mientras que ahora sólo le parecía un engreído que, como muchos, la juzgaba por su posición.

—¡Puedo tumbarte cuando quiera! —refunfuñó entre dientes—. Tu arco y espada no me asustan para nada.

—¡Basta ya! —interrumpió Jeriah—. Leah, no debes hablar de lo

sucedido en el bosque. La magia está prohibida y si tu padre descubre que la controlo ignoro qué será de mí.

—Pero tío, ¿cómo me has ocultado algo así?

—Leah, no quiero que me rechistes, sólo que obedezcas.

La princesa asintió, por lo que Jeriah se dirigió a Ryder.

—¡Ahora muéstrame qué está ocurriendo!

Ryder guió a su maestro y a la princesa por los áridos terrenos del norte de Sadira hasta llegar a la costa. En ésta florecían enormes sauces y uno de ellos ocultaba una barca, a la que subieron.

Ryder y Jeriah remaron en silencio hasta ver la costa de la siguiente isla. Y allí aguardaron hasta el anochecer. Entonces contemplaron un extraño espectáculo. Pequeñas luces azules flotaban en la orilla de Jure, la ciudad costera de la isla.

Los tres aguardaron en silencio, esperando que el fenómeno llegara a su fin, aunque no fue así, sino que se incrementó conforme la noche avanzaba. Aún más extraño les resultó ver que en la ciudad de Jure no encendían ni una sola antorcha, a pesar de la oscuridad y las altas horas que eran.

—¡Fuegos fatuos! —exclamó Jeriah con terror en la voz—. Ryder, ¿qué ha pasado?

—No he encontrado vida alguna en Jure. Ha sido aniquilada.

—Tío, ¿qué sucede?

—Los fuegos fatuos son espíritus errantes. Almas perdidas que desean arrastrar a los humanos al reino de los muertos.

—Pero tienen más de un significado —le interrumpió Ryder—. Son señal de que la muerte está cercana y os aseguro que, por cada noche que pasa, las luces se acercan más a Sadira.

Jeriah ya había visto suficiente. Sabía cuán peligrosos podían ser esos seres, por lo que tomó los remos y emprendió la marcha hacia la costa. Aun así tenía más preguntas para su alumno.

—¿Qué más sabes?

—La magia ha regresado, maestro... ¡Magia negra! Y me temo que no ha sido asignada a las personas más apropiadas.